
Notas sobre la obra de Carlos Pereyra

Pensar la historia, dilucidarla desde la perspectiva filosófica, fue la tentación mayor de Carlos Pereyra (1940-1988). *Configuraciones: teoría e historia* y *El sujeto de la historia* son los dos volúmenes en que el autor expone uno de los *corpus* exegéticos más sólidos y rigurosos en torno al devenir social. Formado en la escuela althusseriana, pero apegado al realismo político, Pereyra trasciende cualquier ortodoxia, incluso la marxista, para entablar en sus trabajos un alegato contra las interpretaciones subjetivistas y teleológicas de la historia y para, también, hacer de la democracia, el nacionalismo, el movimiento estudiantil, las luchas sindicales, los puntos axiales de un discurso que, durante décadas, ha sido insoslayable en el mejor entendimiento del tiempo mexicano actual.

En uno de sus múltiples artículos Pereyra señala: “La función teórica de la historia (explicar el movimiento anterior de la sociedad) y su función social (organizar el pasado en función de los requerimientos del presente) son complementarias”.

Si a esto le aunamos la necesidad de actuar, tenemos la posibilidad de enfrentar las situaciones de ahora con mayor instrumental analítico. Si bien no se trata de encontrar una nueva veta del uso de lo histórico para hablar y actuar en el presente, considero que mucho de lo escrito en los últimos años por Carlos Pereyra tenía ya ese propósito y fin.

Muchos autores mencionan como función principal de la historia comprender y explicar el presente con base en el conocimiento de hechos ya transcurridos. Sin duda alguna la búsqueda de ese pasado también determina el conocimiento del presente que, para su explicación, requiere de ciertos datos y hechos pretéritos. Estos pueden entonces orientar la explicación y al mismo tiempo sustentarla.

De ahí también que en su artículo “Historia ¿para qué?”, Pereyra haya resumido precisamente un proceso de conocimiento histórico a partir de una necesidad del presente. En este presente se encontraría además una intencionalidad y compromiso con los procesos sociales.

Es probable que haya muchos historiadores, demasiados quizá, bien formados, conscientes y aplicados, pero a quienes al preguntarles para qué sirve su trabajo, responden simplemente “para saber exactamente cómo pasó todo”. La historia no puede ser sólo un cúmulo de curiosidades inútiles a una sociedad.

Dentro de esto también existe la necesidad de que “una” historia sea usada para legitimar el presente o para justificar el pasado. Ahí descansa en mucho la discusión, dada en un momento determinado, sobre la importancia por encontrar la responsabilidad del historiador o su compromiso social. En México tenemos una enseñanza de la historia en los niveles primarios de la educación que obedece estrictamente a los principios gubernamentales de ganar legitimidad a partir de la formación del Estado moderno. Sin embargo, aun dentro de esa necesidad de legitimación, ubicamos tanto los procesos de valor para encontrar el pasado histórico como la función de explicar el movimiento anterior de la sociedad.

De ahí también que existan distintos procesos del quehacer histórico. Si bien unos se basan en el simple recuento de todos o de algunos acontecimientos, otros buscan en el pasado totalizador la explicación tanto de ese momento histórico como del presente.

Pero ante esto también surge la pregunta del por qué el interés de justificar la historia. Precisamente en el desarrollo distinto de la sociedad se encuentran muchas formas diferentes de analizarlo y explicarlo. Pereyra señala que “Es sintomático que en una sociedad coexistan de modo conflictivo definiciones contrapuestas de su pasado”, y esto también tiene que ver con “el resultado de la división social y del consiguiente carácter fragmentario de lo que interesa a las diferentes corrientes recuperar en el pasado”.

Precisamente por el tipo de enseñanzas de la historia en México resultan distintos caminos para explicar el presente. Junto con ese deseo por entender el pasado y justificarlo, las acciones presentes de grupos de la sociedad toman uno u otro sendero.

Si la historia es, como dice Febvre, “comprender y hacer comprender”, la fuerza de enjuiciar procede más de necesidades de grupos sociales que de su propia función teórica.

En México tenemos muchos historiadores que parten de la función teórica de la historia para explicar tanto el pasado como el presente. Sin embargo, se ha hecho frecuente, más bien por motivos extrateóricos, la definición política de esos historiadores. Olvidándose de la “neutralidad ideológica”, a la que aspiraban los positivistas, presentan escritos que los ubican en una posición política frente a la sociedad.

Para Pereyra lo importante de la historia no estaba exclusivamente en la discusión de si cumplía o no con las funciones teórica y social. Su interés por comprender los sucesos actuales lo hacía validar tanto una como otra, aisladas o no pero, sobre todo, contemplando la necesidad de poder intervenir en ella.

“En cualquier circunstancia histórica se abren numerosas alternativas más o menos probables. La realización de unas u otras depende de la práctica social. El mar-

xismo sostiene la idea de la historia como un proceso dialéctico abierto, precisamente porque así como hemos hablado de la sobredeterminación o contradicción compleja podemos hablar del sobrecondicionamiento o condicionamiento complejo que abre numerosas 'respuestas'. Nunca está predeterminado, en ninguna parte puede leerse cuál de ellas se realizará. Es evidente que cuando se hace un examen del pasado histórico ya se conoce qué 'respuesta' se realizó. En este caso, el problema consiste en investigar por qué se realizó esta 'respuesta' y no otra. La cuestión es más compleja cuando se trata de examinar el presente histórico, cuando se ignora qué 'respuesta' se realizará. Aquí se hace más obvio el carácter abierto del proceso, la multiplicidad de alternativas que se presentan”.

En alguna época esto se consideró ajeno a los principios académicos y científicos puestos en práctica para obtener conocimientos. En otras etapas ocurrió precisamente lo contrario: ante la neutralidad había que definirse muy claramente por una postura ideológica, para responder al llamado de la sociedad. Sin embargo, ahora se ve superada la tesis aquélla de que “cuanto más se conozca la historia y todos sus aspectos económicos y sociales, mejor se orientan los cuadros del partido, los cuadros técnicos responsables de la organización y el desarrollo futuro”. O bien en otra dirección “organizar científicamente el trabajo del historiador quiere decir también dominar el sistema productivo que lo hace posible, asimilar todos sus procesos y adecuarlos a un ejercicio crítico, coherente y estratégico de la actividad científica”.

Pues bien, ni una ni otra de las posiciones anteriores pueden calificarse simplemente como buenas o malas. Sin lugar a dudas son concepciones distintas del quehacer del historiador, y en cada una de ellas se encuentra depositado un juicio de valor que fundamenta la función social de la historia.

Creo que mucho de lo que escribió Pereyra en cuanto a la historia y los historiadores lo hizo pensando precisamente en su forma de participación en la sociedad. Si vemos en sus escritos periodísticos su interpretación de la historia de México, así como su definición ideológica y política, podemos comprobar que su formación filosófica y su constante acceso a la historia le permitieron elaborar análisis de la sociedad actual inherentes a la función social de la historia. Pero al mismo tiempo, cuando leemos sus artículos científico-académicos, nos podemos dar cuenta claramente de la legitimidad teórica de su discurso histórico.

Entendemos entonces el por qué de su expresión más abiertamente política no se obligaba a la comprobación necesaria en otras disciplinas. Aunque sí pensaba en la práctica política para confirmar la validez de un programa o de una línea política.

En un texto aparecido en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, cuando habla de la democracia, y no de cualquier democracia, sino de la que quiere para México, pone en juego sus propias ideas en tanto al análisis histórico del pasado y del presente.

“Lo más grave de una participación sin formas democráticas no sólo se convierten en un mito, en una figura retórica; no propicia la gestación de una cultura democrática y tampoco crea las condiciones necesarias para la construcción de sujetos políticos. No existen los sujetos políticos constituidos como tales por el simple hecho de que la sociedad está dividida en tales o cuales clases, y otras formas de estratificación; los miembros de una sociedad no son sujetos políticos por el mero hecho

de existir, por el mero hecho de ocupar determinado lugar en las relaciones de producción; los miembros de una sociedad pueden constituirse como sujetos políticos, pero ese proceso de constitución sólo tiene posibilidad de desplegarse en condiciones democráticas. Porque se trata de una constitución de sujetos que pasa por la dimensión ideológica, es desde la ideología como se constituyen los sujetos políticos como tales”.

Precisamente su interés por examinar el presente nos lleva a reconocer en sus artículos periodísticos la aplicación de su concepción. Como pocos Pereyra pudo y logró adentrarse en el debate y la crítica, siempre con la idea de utilizar estas herramientas para tratar de dar respuestas al presente.

Si bien lo aquí tratado sólo pretende ser una pequeña muestra de un aspecto del trabajo de Pereyra y su posición ante él, he considerado necesario encontrar más su relación con la historia presente, sabiendo de sus conocimientos históricos del pasado, para explicarnos a veces muy crudamente la sencillez del trabajo teórico aplicado a una realidad como la mexicana.

Erwin Stephan-Otto
México, Tepepan, agosto 1988